

Anales de la Ciudad de Córdoba

Desde el siglo XII y hasta el 12 de octubre de 1936, en que fue conquistada por el General Franco, hasta el 12 de 1937.

De las Vistas Reales y de las Cajas de la Ciudad.

ANALES DE LA CIUDAD DE CÓRDOBA

Publicados por el Ayuntamiento de Córdoba
en el año de 1937, por el Sr. D. Juan de Dios
García y los señores concejales señores
D. Juan de Dios García y D. Juan de Dios García.



Publicado por el Real Academia de Córdoba - 1937

ANALES DE LA CIUDAD DE CORDOBA

Anales de la Ciudad de Córdoba

Desde el siglo XIII y año de 1236 en que fué conquistada por el Santo Rey Don Fernando III, hasta el de 1850

Escritos por

Don Luis María Ramírez y de las Casas Deza

Indivíduo Correspondiente de las Reales Academias Española y de la Historia, y del Instituto Arqueológico de Roma; miembro de los Arcades de la misma capital; de la Real Sociedad de los Anticuarios del Norte, y de otras varias corporaciones científicas y literarias nacionales y extranjeras.



Edición de la Real Academia de Córdoba - 1948

1948
TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA.-SAN ÁLVARO, 17
CÓRDOBA

Anales de la Ciudad de Córdoba

Desde el siglo XIII y año de 1230 a los que las conquistada por el Santo
rey Don Fernando III hasta el año 1850

Escrito por

Don Luis María Ramírez y de las Casas D. exa

Impreso y venta en la Real Academia de la Historia y del Instituto Arqueológico y de las Ciencias de la Universidad de Córdoba de la calle de la Real Universidad de los Arzobispos, nº 10 y de otros varios establecimientos científicos y literarios.



Edición de la Real Academia de Córdoba - 1918

Impreso en la Real Academia de la Historia y del Instituto Arqueológico y de las Ciencias de la Universidad de Córdoba de la calle de la Real Universidad de los Arzobispos, nº 10 y de otros varios establecimientos científicos y literarios.

INTRODUCCION

Don Luis María Ramírez y de las Casas Deza fué el gran erudito local de Córdoba en las décadas centrales del pasado siglo XIX.

Su actividad literaria fué extraordinaria, y se podría decir que la historia de Córdoba y las biografías de sus hijos ilustres, cuya nómina pretendía siempre aumentar con simpático celo por su tierra nativa, fueron cultivadas por su pluma con gran entusiasmo y al estilo propio de la época.

Son famosos, y muy útiles, sus artículos sobre monumentos y asuntos cordobeses publicados en el *Seminario Pintoresco*, y en el *Trono y la Nobleza* ambos de Madrid, y aseguran todos sus biógrafos, entre ellos don Rafael Ramírez de Arellano, del que tomamos estas notas, que colaboró en el *Liccionario geográfico* de Madoz, al extremo de que todos los artículos descriptivos de pueblos de nuestra provincia pertenecen a don Luis.

Su *Indicador cordobés*, o guía de Córdoba, llegó a contar dieciocho ediciones, a contar de la primera publicada en 1837. De esta obra desglosó su *Descripción de la Iglesia Catedral de Córdoba*, de la que llegó a tirar cuatro ediciones. Ambas son utilísimas, y muy buscadas todavía.

Otra obra de gran empeño es la *Corografía histórico-estadística de la provincia y obispado de Córdoba*, cuyo primer tomo que comprende los pueblos y términos de la Sierra, fué publicado el año 1840. Del segundo, que había de comprender la Campiña cordobesa, se llegaron a tirar hasta 160 páginas, en el año 1842, pero esta impresión debió perderse, porque dice Ramírez de Arellano que no llegó a verla, ni tampoco el hijo del autor.

El manuscrito del segundo tomo de la *Corografía* lo guarda, como otros muchos de nuestro autor, la Biblioteca provincial. A título de curiosidad diremos que la Real Sociedad Cordobesa de Arqueología y Excursiones trató de publicar, hace más de veinte años, este segundo tomo de la *Corografía* en forma de folletón anejo a su Boletín, pero solo imprimió algunos pliegos.

Son también obras muy conocidas de Ramírez de las Casas Deza su traducción del poema latino sobre la sífilis de Fracastoreo, sus aportaciones a la historia de la Inquisición en Córdoba, diversos poemas y romances, y otras diversas, de las cuales dá detallada noticia el mentado Ramírez de Arellano en su Catálogo biográfico de escritores cordobeses.

Los *Anales de la Ciudad de Córdoba*, cuya publicación acomete hoy la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, están muy citados, consultados y comentados por todos los autores locales a partir de su redacción, diciendo Ramírez de Arellano de ellos que «tienen algo útil, pero en general solo contienen noticias sabidas y además hay muchas lagunas».

Este descarnado juicio es bastante aproximado a la realidad, sobre todo en cuanto se refiere a su deshilvanada redacción, claros de fechas y nombres, y falta casi absoluta de fuentes, según costumbre contemporánea.

Apesar de todo, no creemos que estos Anales, adquiridos en 1863 por el Ayuntamiento de la ciudad, y cuyo manuscrito guarda esta corporación en su archivo, deben permanecer inéditos, y esta es la causa de su publicación.

Nos ha sido muy útil la copia particular de dicho manuscrito que ha obtenido nuestro Correspondiente don José de Torres Rodríguez, quien con paciencia casi benedictina ha introducido algún orden en la desordenada y mal escrita composición original. Algunas notas adicionadas por este copista van señaladas (N. de T. R.). Alguna otra debida al paciente e ilustre investigador don José de la Torre y del Cerro, lleva la acotación (N. de T. del C.).

La Real Academia de Córdoba inaugura con estos Anales, de acuerdo con sus posibilidades, la publicación de obras cordobesas que yacen inéditas en los archivos, con lo cual contribuye a un mejor conocimiento de la historia local.

Don Luis María Ramírez y de las Casas Deza nació en Córdoba el 26 de junio de 1802, donde hizo sus primeros estudios. En Sevilla siguió la carrera de Medicina, cuyos estudios amplió en Madrid.

Comenzó su carrera de médico con titulares en pueblos de esta provincia, pero su vocación debía ser diferente, puesto que se vino a la capital para regentar la cátedra de Geografía e Historia en el Instituto de segunda enseñanza, la cual desempeñó veinte años, hasta su jubilación. Murió en 5 de mayo de 1874 y está enterrado en el cementerio de la Salud, bajo extenso laude funerario redactado por él mismo.

Entre archivos y papeles viejos, su vida estuvo llena de apuros económicos que se reflejan por doquier. Al tomar el Ayuntamiento el acuerdo de adquirir el manuscrito de estos Anales, debidos «al raro talento de un infortunado cordobés», ordena le sean librados los seis mil reales en que se adquieren «con que pretende aliviar la mísera suerte del autor» con otras frases laudatorias que indican el aprecio en que se tenían sus méritos y virtudes.

Ramírez de las Casas Deza debió ser un verdadero obseso de la investigación histórica. Sus manuscritos y notas, sin contar los que vieron la luz, se guardan en la Biblioteca Nacional de Madrid, en la Provincial de Córdoba y en el Archivo municipal, así como en colecciones particulares. Ramírez de Arellano tenía muchos en su biblioteca particular. Otros fueron adquiridos en nuestros días por el que fué director de nuestra Academia don Luis Valenzuela y Castillo, y a su muerte donados a nuestro archivo por sus herederos. Seguramente habrá otros muchos desperdigados o perdidos.

Al medio siglo de erudición local que representa Ramírez de las Casas Deza, y a la fecundidad de su obra, la Real Academia de Córdoba, de la que fué director y colaborador asíduo este cordobés ilustre, dedica un rendido homenaje a su memoria.



D. LUIS MARIA RAMIREZ
Y DE LAS CASAS-DEZA





PROLOGO

Acaso no habrá nación alguna que cuente tantas historias de sus poblaciones como la española; pero son bien pocas entre ellas las que se encuentran escritas con buen estilo y acierto, aunque contengan noticias interesantes y curiosas, consecuencia del tiempo en que se escribieron. La ciudad de Córdoba, menos afortunada en este punto que otras, apesar de su celebridad y de sus muchos e insígnis recuerdos, no puede presentar una historia completa, ni aunque pudiese hacerlo veríamos en ella por razones que expondremos después, un trabajo desempeñado con las condiciones que exige esta clase de obras, si hubieran llegado a publicarse. La que principió a publicar el P. Francisco Ruano, de la Compañía de Jesús, en el último tercio del siglo pasado, aunque no de las más defectuosas, carece a veces de crítica, su estilo es de los más elegantes y no está libre de alguna que otra larga y prolija discusión propia para un apéndice. No han faltado sin embargo cordobeses instruidos y laboriosos que en diversos tiempos se propusiesen ilustrar las cosas de su patria abrazando algún ramo de su historia, empero con tan desacertado plan, según tenemos noticia, e inspirando tan poco interés, que si hubieran salido a luz sus obras apenas habría hoy quien se ocupase en su lectura, a lo que se añade que algunos de ellos ni aun pudieron llevar a cabo el objeto que se habían propuesto, o por haberles antes faltado la vida o por otros acontecimientos.

No hacemos mención del maestro Ambrosio de Morales, que solamente en las Antigüedades y al fin de las obras de San Eulogio recogió como en compendio algunas noticias y excelencias de su patria. El muy docto y laborioso P. Martín de Roa, de la Compañía de Jesús, escribió el «Flos Santorum, fiestas y santos naturales de la ciudad de Córdoba», y el breve volumen del principado de ésta que publicó primeramente en latín y después traducido al castellano y aumentado (el primero tiene este título: «Martini de Roa Cordubensis ex societate Jesu etc. de Cordubae in Hispania Baetica principatu liber unus etc. Lugduni 1617» y el segundo: «Antiguo principado de Córdoba en la España ultertor, o andaluz traducido del latino y acrecentado en otras calidades eccas. y se-

glares por su autor el P. Martín de Roa, de la Compañía de Jesús. En Córdoba 1636»), pero cuando en esta obra deja de tratar algunos puntos, por no ser del caso, remite a la historia que pensaba escribir diciendo: «diremos de esto en la historia», y usa de otras expresiones semejantes, por lo que parece sin duda que no llegó a poner en ejecución su designio, o que no ha llegado a nosotros.

El mismo P. Martín de Roa escribió: «Los procedimientos de la ciudad de Córdoba y fidelidad guardada al Emperador Carlos V rey de España en el tiempo de las comunidades», opúsculo que salió con nombre del veinticuatro Don Andrés de Morales, y que no hemos logrado ver.

El lic. Pedro Díaz de Rivas, sobrino del anterior, dió a luz en 1627 un sucinto tratado «de las antigüedades y excelencias de Córdoba»; está la parte más laboriosa y más honda de toda la materia donde se van zanjando los principios, sitio y fundación de esta ciudad; lo demás que queda será de menos trabajo para mí y de mayor agrado y deleite para los lectores. Tratárase de la amenidad y fertilidad de su suelo, de los límites y distrito, de la fundación y calidades de sus villas y lugares, de los edificios más nobles que tiene, de sus templos, monasterios y lugares píos, de sus familias y linajes nobles, de sus mártires y varones insignes en armas, letras y gobierno y finalmente toda su historia y los sucesos insignes y particulares que le tocan desde su fundación hasta nuestros tiempos en la monarquía de los romanos, godos, árabes y cristianos. Tratárase también del modo de gobierno que siempre ha tenido y de sus prelados y gobernadores así eclesiásticos (falta según creo "como civiles").

También se probará su poder, riquezas y excelencias respecto de las demás ciudades de España. Todo esto intentaba escribir el erudito Rivas para ilustrar la historia de su patria, y ya fuese que lo emprendiera y no lo concluyese, o ya que lo llevase a cabo, sus trabajos no han llegado a nuestro tiempo.

Poco antes que Pedro Díaz de Rivas anunciase su obra, esto es en 1618 había muerto otro literato cordobés, el P. Alonso García de Morales, de la Compañía de Jesús y rector del colegio de Osuna, dejó M. S. una historia de Córdoba y un catálogo de las casas ilustres de esta ciudad, cada una de las cuales obras se contiene en un tomo en folio. La portada del primero, dice así: Historia general de Córdoba: primera parte. Y luego, sigue: Índice de la primera parte de la Historia General de Córdoba y de las casas y li-

najes de ellas; van por las letras del abecedario en la forma y manera siguiente. —y va repartido en dos partes, una de linajes y otra de historias y este primero es y toda a historias y ambas partes por sus letras. En la portada del segundo tomo se lee: Historia general de la M. L. ciudad de Córdoba y de sus nobilísimas casas y familias, segunda parte. La historia, es más bien que historia de Córdoba una compilación indigesta de historia general de España y tan pocas noticias especiales se encuentran en ella de aquella ciudad que todas se pueden contener en dos pliegos de papel, por lo que carece absolutamente de mérito. El segundo tomo es un tratado genealógico muy bien escrito y con gran conocimiento de la materia, en el cual teje el autor las genealogías de las familias nobles de Córdoba hasta su tiempo. (Aunque se atribuye generalmente esta obra al P. Alonso García de Morales, ofrece muchas dudas el determinar su autor con toda certeza. Nosotros después de haber hecho cuantas investigaciones ha sido posible, no hemos podido salir de dudas. El P. Martín de Roa, tratando de los varones ilustres de Córdoba, dice que cuenta capitanes generales y hombres señalados en Armas más de trescientos que se nombrarán en la *historia que trata de disponer esta ciudad de las muchas e ilustres memorias que conserva en sus archivos y de lo que Don Andrés de Morales, veinticuatro, gran repúblico, y celoso de la honra y bien de su ciudad, va recogiendo para enriquecer este asunto. Y Don Nicolás Antonio: «nobilium dedit illius nobilissimae orbis familiarum catálogum, origenes et progressum, quod opus, hi, qui hodierno tempore his cruendis antiquae historiae thesauris exixé student, hoc titulo iusigne apud se escejactare solent: «De las casas ilustres de Córdoba M. S. ut videtur sive historiam urbis cordobensis quo modo apellat Dominus Josephus Pelicer in libro nuncupato: «memorial de la calidad y servicios de Don Fernando de los Ríos y Argote, cuyus etiam secundum volumen laudat». De este testimonio resulta que don Andrés de Morales escribió una historia idéntica a la que compuso el P. García de Morales, ¿será acaso la misma y don Andrés reuniría materiales para el P. García de Morales, del que era hermano?*

En ciertos apuntes de un escritor cordobés se halla otra noticia sobre este particular, y es que el P. García de Morales dejó al morir la Historia de Córdoba y de sus casas nobles en poder de su hermano don Andrés para que la entregase al Ayuntamiento,

lo que no efectuó desde luego, por lo que éste la reclamó y recogió después de su muerte, ocurrida en 1649.

Según esto el Ayuntamiento debía poseer el original de la obra y lo que tiene es un borrador, según se infiere de sus muchas correcciones y enmendaturas, pues el que parece original, por estar muy bien escrito, es una copia que posee el Excmo. Sr. Marqués de Cabriñana, Don Ignacio María de Argote, vecino de esta ciudad, la cual tiene al fin del segundo tomo de cuando se acabó de escribir, que fue en Madrid en 1620, dos años después del fallecimiento del P. Alonso García de Morales y tiene al fin una firma que dice *Doctor Morales*, lo que no sabemos si indica que él la escribió o que se escribió por su mandado, pues la letra no es igual.

En favor del P. García de Morales está el cabildo celebrado en 14 de Agosto de 1649, en el cual se dice que esta obra fué escrita por dicho P. García de Morales y que la entregó a su hermano el Dr. Andrés de Morales como diputado del archivo; pero en esto puede haber equivocación, pues había también un veinticuatro llamado don Andrés de Morales y Padilla, a quien entregó la obra para que la diese al Ayuntamiento y el Ayuntamiento reclamó la obra y la recogió por su muerte ocurrida en 1649.

Esta obra se conserva en el archivo del Ayuntamiento.

Don Francisco Fernández de Córdoba, Abad de Rute y Racionero de la Santa Iglesia de Córdoba escribió una historia de la casa de Córdoba que principia con muchas noticias si bien comunes, relativas a la de esta ciudad, la cual se contiene en un tomo en folio y ha quedado inédita.

El Doctor Enrique Vaca de Alfaro escribió un cronicón que contiene la Historia de Córdoba desde la conquista de esta ciudad ocurrida en 1236 hasta 1619, obra demasiado suscita y que continuaron hasta 1689 don José Antonio Moreno y don Martín Velázquez de los Reyes (1). Parece que se hallan copias en poder de don (en blanco en el original) y en la biblioteca del Excmo. Sr. Duque de Osuna.

El mismo Dr. Enrique Vaca de Alfaro compuso la historia

(1) Está equivocada la noticia, pues no eran dos personas Moreno y Velázquez de los Reyes, sino una sola que se llamaba don José Antonio Moreno Martín-Velázquez de los Reyes. Poseo una copia desde 1237 al 1619 bajo el nombre de «Anales de Córdoba» (T. R.).

eclesiástica de la ciudad y obispado de Córdoba, vidas de sus obispos y de sus ilustres varones en santidad, letras y armas, cuya obra que no juzgamos fuese muy acabada, acaso haya perecido, al menos para Córdoba, ignorándose su paradero. Dos aprobaciones de ella se conservan sin duda para su impresión, que no tuvo efecto; una del Maestro Fr. Juan Franco Piedrahita, del orden de mínimos y otra del P. Maestro Fr. Diego de Escobar, con fecha 21 de enero de 1675, en que expresan que por comisión y orden del Sor. Licenciado Don Pedro Velloso y Armenta, provisor y vicario general de Córdoba y su obispado por el Ilmo. Sor. Don Francisco de Alarcón y Covarrubias, obispo de dicha ciudad, habían visto, etc. También se indicaba en la citada obra un papel del Lcdo. Juan de Pineda, beneficiado de la iglesia parroquial del Salvador y de la Villa de Belmonte, en respuesta de otro que con la obra incluida le había remitido el Dr. Alfaro para que en su vista le manifestase su dictamen. Acaso sea esta obra la misma del citado autor, que se titula *Teatro de Córdoba*.

Otros varios han escrito obras relativas a la historia de esta ciudad que han quedado inéditas y se han de haber perdido. Un párroco de Santa Marina llamado N. Rebolledo compuso un tratado de cosas de Córdoba. Un tal N. Herrera escribió una historia de Córdoba, y Gaspar de Medina trabajó otro tratado de las cosas memorables de esta ciudad que quedó del mismo modo inédito. Francisco de Torreblanca y Villalpando, que murió en 1645, dejó M. S. un panegírico de las grandezas de Córdoba. Todas estas obras, por defectuosas que fuesen, podrían suministrar nos noticias interesantes para la historia de esta ciudad.

El Dr. Don Bartolomé Sánchez de Feria, médico laborioso y entendido en la historia y antigüedades de su patria y amante de las glorias de ésta, se limitó a publicar en 1771 una obra titulada «Palestra Sagrada o memorial de los Santos de Córdoba», que verdaderamente es un semiplagio del Flos Santorum del P. Martín de Roa; pero solo en las notas con que ilustra los pasajes oscuros de la vida de éstos, es donde toca muchos puntos relativos a la historia y antigüedades de Córdoba, y únicamente trató de intento de éstas últimas en el discurso titulado «Antigua descripción de Córdoba», que insertó en el tomo 4.º de la citada obra, en la cual se halla igualmente una bien escrita disertación sobre el principado de Córdoba durante la dominación romana.

El Dr. Juan Gómez Bravo, natural de Cabeza del Buey, siendo

magistral de la Santa Iglesia de Córdoba (de 1714 a 1744) escribió el Catálogo de los obispos de esta ciudad, obra muy apreciable así por su objeto como por las noticias curiosas que contiene, tanto de la historia eclesiástica como de la civil. El autor solo vió impresas la primera parte de su obra en un tomo en 4.^o, la segunda quedó M. S. a su muerte; pero el canónigo Don Pedro de Cabrera, que la conservaba, consiguió darla a luz en dos tomos en folio en 1778.

El único que ha emprendido escribir una historia de Córdoba en toda su extensión con mejor plan que los que le habían precedido fué el P. Francisco Ruano, de la Compañía de Jesús, el cual principió a dar a luz su obra en 1760 y pudo todavía en su tiempo aprovecharse de muchos de los materiales que hemos mencionado ya perdidos para nosotros. Cerca de treinta años empleó el Padre Ruano en reunir los que le habían de servir para su historia, de que solo publicó un tomo en 4.^o, por que lo demás que tenía trabajado y dispuesto para la prensa en un tomo en folio quedó M. S. al tiempo que se verificó la expulsión de la Compañía de Jesús, y no sabemos como y más mediando lo que diremos inmediatamente, fué llevado a Madrid y se conserva en el día en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Este tomo concluye con el tiempo de la dominación romana.

Imposibilitado el P. Ruano por enfermedad para continuar su historia y después habiendo fallecido en 14 de Agosto de 1771, con citación ante diem se juntó el Ayuntamiento a celebrar cabildo para poner en ejecución la orden del Consejo sobre nombrar sujeto que reconociese los papeles del P. Francisco Ruano, a fin de que éstos se devolviesen a sus dueños y entregado en los pertenecientes a la historia de Córdoba, la continuase y fué nombrado el Dr. D. José Vázquez Venegas (en el Cabildo de 14 de agosto de 1771, el veinticuatro Don Rafael Villaceballos propuso para continuar la historia de Córdoba a Don Bartolomé Sánchez de Feria y Morales; pero el Marqués de la Puebla expuso que el Dr. Don José Vázquez Venegas solicitaba este honor en atención a que nadie tenía las noticias que él por los muchos papeles que había revisado y que muchos materiales de que usó el P. Ruano eran trabajo suyo, y la ciudad en vista de esto lo comisionó para ello) comisionado por el rey para el reconocimiento de los archivos de Córdoba y su reino y averiguación de antigüedades (desde 1751); mas éste toda su vida se dedicó a recoger documentos y

noticias de toda clase, los cuales componían de tomos y legajos en folio escritos de su puño, todos ellos curiosos, pero la mayor parte inútiles para escribir una historia tal como debe ser y murió sin haber hecho cosa alguna, ni aun haber dado a luz lo que dejó ya dispuesto para la prensa el P. Ruano. Por fallecimiento de Vázquez Venegas se extraviaron muchos papeles y acaso entonces salieron de Córdoba los manuscritos del P. Ruano que debían parar en su poder. Dejó todos sus papeles a la Iglesia Colegial de San Hipólito, de que era canónigo; pero cuando se trató de ponerles cobro se había extraviado gran parte de ellos, de los que algunos todavía en nuestro tiempo se han hallado en los almacenes, destinados para liar.

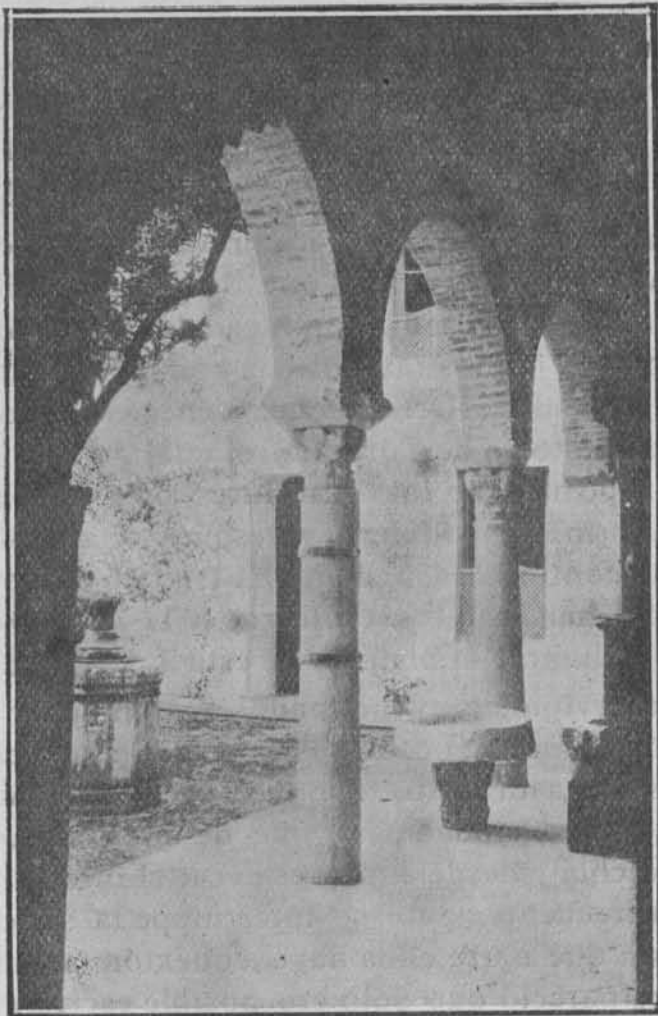
Si por lo que deducimos de los trabajos del Dr. Vázquez Venegas, aunque sujeto muy instruido y laborioso, no nos es posible concederle la mayor aptitud para llevar a cabo tal empresa; tampoco el P. Francisco Ruano hubiera producido una obra perfecta pues se extravía en controversias que deberían tratarse por separado, y su estilo no tiene toda la nobleza de la dicción histórica, y no siempre son sus juicios tan críticos como debieran.

Habiendo fallecido, al Dr. Vázquez Venegas se dió la comisión de continuar la historia de Córdoba, el cual a pesar de su mérito era menos apropiado que los anteriores para esta empresa, que no sabemos si principió siquiera, y después ni a nadie se ha dado la comisión de continuarla, ni nadie ha tratado de llevarla a cabo. Tan malogrados han sido los esfuerzos y las obras de los que se han dedicado a ilustrar la historia de esta insigne ciudad.

Nosotros estuvimos muy inclinados a emprender este trabajo desde los tiempos más remotos hasta el día; pero después, considerando que solo hasta cierto tiempo se prestan los acontecimientos ocurridos en esta ciudad para que de ellos se forme historia propiamente dicha, y desde entonces decae el interés y aun ocurre tiempo en que frecuentemente se interrumpe la serie de los sucesos notables sin que entre ellos haya conexión alguna o natural transición; nos pareció que solo era posible escribir unos anales los que principiáramos desde los tiempos de su fundación. Después, considerando que aunque no forme cuerpo hay mucho escrito de la Córdoba romana, que casi toda la historia de la España árabe es historia de Córdoba, por haber sido esta ciudad la Capital del Califato; y que solo desde la conquista nada se ha escrito, nos resolvimos a escribir unos anales desde la gloriosa conquista de

esta Ciudad por el Rey Don Fernando III el Santo, lo que hemos ejecutado con toda la diligencia que nos ha sido posible hasta el año de 1836, habiendo juzgado prudente abstenernos de tratar de sucesos más recientes.

No creemos que esta obra se imprima por ahora; pero si llegase este caso próximo o remotamente, sería necesario fuese revisada por su autor o por persona inteligente antes de darla a luz.



SIGLO XIII

1235

El Santo Rey Don Fernando se había apoderado ya por este tiempo de varias poblaciones de Andalucía, entre las que se contaban Andújar, Martos, Ubeda y Castro del Río, desde cuyos puntos salían frecuentemente los cristianos a hacer correrías en el país enemigo. Algunos Almogávares de la Frontera mandados por Tello Alfonso de Meneses, en una de estas cabalgadas hicieron cautivos a varios mahometanos cordobeses que les manifestaron las discordias que había entre el pueblo y los magnates de la Ciudad y el poco cuidado y vigilancia con que ésta se guardaba, especialmente por el arrabal de la Ajerquía y así que no era difícil apoderarse de ella y que ellos ayudarían si lo emprendían los cristianos, los cuales en premio de la noticia que les habían dado los pusieron en libertad. Dieron aviso de lo que supieron a Don Alvar Pérez de Castro, Domingo Muñoz el adalid, Pedro Ruiz Tafur y Martín Ruiz de Argote, caudillos principales de la frontera, que lo recibieron con mucho júbilo, pero no le dieron entero crédito por lo grande y fuerte de la Ciudad, y por la poca fe, especialmente en tal negocio, que les merecían los mahometanos.

A pesar de todo, movidos de un común deseo, resolvieron tentar la empresa que historiadores árabes gradúan de temeraria, y así, Domingo Muñoz y Pedro Ruiz Tafur, algunos almogávares y otros soldados de a pie, escogidos, se pusieron en camino desde Castro del Río, en una noche oscura y tempestuosa que fué la del 23 de Diciembre. Llegados a Córdoba, se acercaron al muro por la parte en que está la puerta llamada del Colodro y notando el gran silencio y tranquilidad que reinaba en toda la población se animaron a poner escalas y tomar el muro subiendo delante en traje mahometano los que sabían bien la lengua arábica o africana. Alvaro Colodro, natural de Cobeña, fué el primero que montó el adarve, al que siguió Benito de Baños, natural del pueblo de su apellido y otros en pos de éstos, sin dificultad ninguna. A pocos pasos que por el muro dieron les salieron al encuentro cuatro centinelas que preguntando quienes eran y respondiendo Colodro que los sobrevelas, quedaron satisfechos y se tornaron a sus puestos.

Era afortunadamente uno de ellos de los cautivos a quienes los cristianos dieron libertad, el cual conociendo a Colodro le significó que callase y estuviesen quietos hasta que sus compañeros quedasen sosegados. Así lo hicieron y llegada la hora fueron pasando a cuchillo los centinelas por todo el muro y apoderándose de las torres hasta llegar a la puerta que se llama de Martos, la abrieron para que entrase con sus caballos Pedro Ruiz Tafur. ¡Hazaña notable cuyas circunstancias extraordinarias parecen ordenadas por la providencia de un modo especial para que esta Ciudad saliese del dominio mahometano, lo que ha hecho que algunos escritores tengan por maravillosa la conquista de Córdoba! Observa Andrés de Morales que la puerta y torres por donde primero se subió al muro están próximas a la casa de los Patronos de Córdoba, los Santos Acisclo y Victoria (convertida en ermita de tiempo inmemorial) y que la puerta que primero se ganó y abrió fué la del Sol, cerca del sitio de su sepulcro y lugar del martirio, donde estaba la Iglesia del Convento de los S. S. Mártires, hoy bárbaramente demolida.

Era el amanecer cuando se extendió por la Ciudad la noticia del increíble arrojó de los cristianos, y toda alarmada se puso en defensa. Los moros que habitaban la Ajerquía después de haber sido muchos de ellos pasados a cuchillo y de haberse dejado muchos cautivos, fueron obligados a buscar asilo en la parte alta de la Ciudad, o Almedina, que hoy se nombra la Villa. Los moros a quienes favorecía su crecido número, se defendían con grande esfuerzo, tanto por hallarse en el último apuro cuanto por dar tiempo a que les llegase el socorro que de su rey Aben Hud esperaban. Por tres veces se vieron los valerosos castellanos obligados a ciar hasta los muros y puertas de la Ciudad por donde habían entrado y otras tantas volvieron a cobrar el terreno que habían perdido.

Esperaba Don Alvar Pérez de Castro, en el Castillo de Martos, noticia de la arriesgada empresa, cuando la recibió del feliz éxito que había tenido y del peligro en que estaban aquellos denodados guerreros si no eran prontamente socorridos. La misma nueva tuvo Don Ordoño Alvarez, y ambos con otros caballeros y alguna gente vinieron a socorrerlos; pero eran pocos para tantos enemigos. Los moros encerrados en la Almedina se defendían desde el muro y hostilizaban sin descanso con toda clase de proyectiles e ingenios a los cristianos de la Ajerquía que recibían mucho daño

y pugnaban con todo su poder por hacerse dueños de la Almedina.

1 2 3 6

Hallábase el Rey Don Fernando en Benavente y estaba comiendo cuando le llegó el mensajero con la noticia del valeroso hecho que habían acometido los cristianos de la frontera, y poniéndose al punto en camino a la ligera, acompañado de treinta caballeros se dirigió a Córdoba con la mayor presteza a pesar de la dificultad que presentaban los caminos por las muchas lluvias, dejando orden en los pueblos por donde pasaba le siguieran a esta ciudad. Se le juntaron al rey para caer sobre Córdoba: Juan Arias Mesía; Alonso Carrillo; Don Diego López de Haro, XII señor de Vizcaya y su hijo Don Lope Díaz; Egas Venegas; Alonso de Saavedra; Gonzalo Yañez Dovinal; Sancho Ruiz de Rojas; Don Pedro Ponce de León; Garci Fernández Manrique; Fernán Ruiz de Figueroa; Diego Gómez de Sandoval; N. Martínez Pimentel, que murió en el Campo de la Verdad; Sancho de Velasco; Guillén Pérez de Guzmán; Gonzalo y Juan de Padilla; Rodrigo González Girón; Ramiro de Foces; Gonzalo de Novoa; Lope de Sosa e Isidro García de Argote.

Llegó al puente de Alcolea donde hizo alto y extendió sus reales por las faldas de la Sierra y allí se le unieron las gentes de Extremadura y otras partes que había convocado; con ellas estrechó el cerco de la ciudad y con barcas procuró impedir toda comunicación por el río. Los moros se desalentaron con la venida del rey pero continuaron defendiéndose.

Entre tanto juntaba gente en Ecija el rey Aben Hud para ir en defensa de Ubeda y pasar de allí a Granada cuando tuvo aviso de la sorpresa de Córdoba y del apuro en que estaba, con gran riesgo de perderse, porque a los cristianos venía mucha gente y se decía que el rey Don Fernando, con gran campo, llegaría en su ayuda y así se puso en marcha para socorrerla, mas en la mitad del camino tuvo noticia de que los cristianos se habían apoderado de todo el arrabal de la Ajerquía y que el rey Don Fernando con mucha gente al campo de Alcolea. Dudoso y perplejo el rey Aben Hud determinó para resolverse enviar a un caballero gallego llamado Don Lorenzo Suarez Gallinato, que estaba a su servicio y andaba desterrado, y sabiendo la venida del rey con poca gente,

aunque estaba movido todo el reino, intentó retirar de Córdoba a los cristianos y para ello consultó el negocio con Don Lorenzo y lo envió una noche para que explorase las fuerzas de los cristianos; mas él deseando volver a la gracia del rey Don Fernando así que llegó a sus reales solicitó hablarle y reveló todo lo que Aben Hud meditaba y volvió a éste anunciándole que era grande el número de gente que había sobre Córdoba y diciendo que para más asegurarse enviase por la noche quien observase el campamento cristiano. Fueron en efecto y vieron las muchas luminarias que los cristianos habían encendido hasta en el Campo de la Verdad por consejo del mismo Don Lorenzo.

Dudoso el partido que tomaría prefirió socorrer, como a la sazón se lo pedía a Gismail ben Zeyan rey de Valencia, contra Don Jaime de Aragón y volver después a Córdoba con poderosa hueste para recobrarla. Abandonó pues a Córdoba y siguió, como dice un historiador árabe, (1) el impulso irresistible de la fatalidad que estaba grabada en tablas de diamante por la mano de la eterna providencia y estando para embarcarse en Almería, el gobernador de la ciudad llamado Abderramen, después de haberle obsequiado con un suntuoso banquete, le quitó la vida ahogándolo en su lecho, con que quedó Córdoba sin rey que volviese a recobrarla.

Los mahometanos, desesperados de recibir socorro y sabida la muerte de Aben Hud trataron de capitular. Personas señaladas de ambas partes conferenciaron sobre ello, encareciendo sus fuerzas los cristianos para vencer a los que se resistiesen y su clemencia para los que se rindiesen; pero los moros, si bien conocían el grande apuro en que estaban, no convenían en las condiciones. Pasábase el tiempo en demandas y respuestas, en proponer capítulos y reformarlos, y así los cristianos, vista la porfía y que cada día los cercados se hallaban en mayor aprieto, se aprovecharon de la dilación para agravar las condiciones, y fué forzoso a los moros pasar por lo que antes desechaban y resistían. Finalmente de grado en grado se redujeron a término de entregar la ciudad concediéndoles únicamente las vidas, los bienes que cada uno pudiese llevar por su persona y libertad para que cada uno se fuese donde quisiese.

Entregóse la ciudad después de seis meses de sitio el domingo

(1) Don José Antonio Conde (T. R.)

29 de Junio. día de San Pedro y San Pablo Apóstoles, y según la era de los árabes día 23 de la luna Xawal del año de la Egira 633, habiéndola poseído 524 años.

El mismo día entró el Santo Rey en la Almedina, no con la pompa que en actos semejantes acostumbraban los soberbios conquistadores de la antigüedad, sino en una devota procesión acompañado de prelados eclesiásticos y religiosos, ricos-hombres y caballeros del ejército. Eran los Prelados: Don Juan Obispo de Osma; Don Gonzalo de Cuenca, Don Fr. Domingo de Baeza, Don Adán de Plasencia y Don Sancho de Coria. Entre los religiosos venía San Pedro González Telmo, dominico, predicador del rey, el que al entrar los cristianos en la Almedina logró reprimir el ardor de los conquistadores y licencia de la soldadesca, salvando la vida de gran número de mahometanos y el pudor de muchas mujeres. Llegaron a la gran Mezquita donde por tanto tiempo se había observado la falsa religión de Mahoma y colocando en su Alminar la Santa Cruz y el estandarte Real, fué aclamado con indecible júbilo el nombre del Salvador. El Obispo de Osma purificó la Mezquita mientras se entonaba el *Te Deum*, dedicándola a la Santísima Virgen en el misterio de su gloriosa Asunción, y el mismo Prelado de Osma celebró de Pontifical. En la Mezquita se hallaron las campanas de la iglesia del Apóstol Santiago, que más de 240 años antes había mandado traer en hombros de cristianos el famoso Mahomad Almanzor y colocar en su atrio por trofeo; y para desagravio de esta injuria mandó el Santo Rey que en hombros de moros fuesen restituidas a su Iglesia. Luego se purificaron otras Mezquitas, convirtiéndolas en iglesias para el culto cristiano.

El rey Don Fernando hubo de entrar en el arrabal de la Ajerquía y habitar en él durante el largo tiempo de la expugnación de la Almedina; pues es tradición que se le decía misa en el sitio donde para memoria se fundó después la ermita de *Corpus Christi*, cerca de la Fuenseca, llamada en estos últimos siglos *de los Reyes*, y que estuvo el real en el sitio nombrado el *Realejo*, sin duda porque el real principal estaría fuera de la ciudad. La ermita de los Reyes, digna por lo dicho de toda veneración, ha sido convertida en una cerrajería.

Asistieron a la conquista de esta Ciudad con sus caballeros los maestros de las órdenes militares, el de Alcántara D. Periañez, el de Calatrava D. Cozaliañez, que fué el primero de los que acu-

dieron al socorro de los cristianos que se apoderaron de la Ajerquía, D. Gonzalez Mengo de Santiago y posteriormente sirvió al Santo Rey en la Conquista de las Villas del reino de Córdoba, el maestre don Rodrigo Iñiguez de Cárcamo y caballeros de esta última orden; y se distinguieron en los combates para apoderarse de la villa Gonzalo Iñiguez de Cárcamo, que ganó el muro y la torre de los Comendadores y puerta del Rincón; Martín Ruiz de Argote, que se apoderó de otra torre en el muro de la Ribera y sobre todos Fernan Nuñez de Témez, Sr. de Témez y Chantada en Galicia, el cual fué el primero que asaltó el muro del Alcázar y mandándole el rey se retirase por la mucha sangre que vertían sus heridas; «Señor», le dijo, «este es el caso de morir o vencer», por lo que Don Fernando le dió por armas las tres fajas rojas en campo de oro y el apellido de Córdoba, que con el patronímico Fernández conservan sus descendientes.

Además de quedar heredados en Córdoba veinte ricos hombres y doscientos hijos-dalgo fueron tantos los pobladores que concurrieron dejando sus casas y patria movidos de la feracidad y amenidad de tan famosa ciudad, que faltaron casas para tantos como vinieron de todos los dominios cristianos. Quedaron establecidos los caballeros de Santiago, Calatrava y Alcántara y los Teutónicos.

Por bula de Inocencio IV expedida en 1250 aprobando y confirmando la concordia que por comisión de aquél Pontífice había sido celebrada por el Cardenal Gil de Torres entre el Obispo y Cabildo de una parte y la ciudad y el clero de otra sobre varios puntos, constan algunos de los ricos-hombres y caballeros que tuvieron repartimiento en Córdoba, pero no todos los heredados por San Fernando, los cuales estarían mencionados en la cédula de repartimiento, documento que no hemos podido encontrar en ningún archivo.

En este tiempo tuvo principio el Santuario de Nuestra Señora de Linares, cuya imagen fué traída por el Santo Rey Don Fernando y colocada en una atalaya árabe a la falda de la Sierra y a una legua de Córdoba, donde se le fundó iglesia.

Las iglesias parroquiales que se erigieron fueron catorce: Santa María, que es la Catedral; San Juan, Todos los Santos; Santo Domingo de Silos, El Salvador; San Miguel y San Nicolás, en la ciudad alta o villa; y San Pedro, San Andrés, Santa Marina, Santa

María Magdalena, San Lorenzo, Santiago y San Nicolás en la parte baja o ajerquía.

El Pontífice Gregorio IX, sabida la conquista de Córdoba tuvo mucha complacencia y este suceso fué muy celebrado en Roma, por haber sido restituida a la cristiandad una ciudad tan célebre en todo el mundo. Viendo el Pontífice el celo del Monarca castellano en arrojar a los moros de España, le concedió el subsidio de 20.000 doblones sobre los bienes eclesiásticos por tres años para continuar la guerra.

1 2 3 8

Habiendo venido el rey Don Fernando de Burgos a Toledo para proveer supo que en Córdoba y demás pueblos de la frontera había gran falta de mantenimientos y se experimentaba gran necesidad y al punto dió orden para que se enviasen algunas recuas de provisiones y 25.000 maravedis de oro para Córdoba y otra tanta cantidad para los demás pueblos de la frontera, nombrando para Adelantado de ella a Don Alvar Perez de Castro. Recibióse en la frontera el socorro del Rey y Don Alvar hizo algunas entradas y grandes daños en el país mahometano y tomó entre otros el Castillo Locubi. A fines de Agosto se volvió a sentir la escasez y Don Alvar determinó pasar a Castilla para exponer la necesidad al rey, que de Valladolid había venido a Toledo, y hechas prevenciones para remediarla y tomadas órdenes del rey se volvió a Andalucía.

El Arzobispo Don Rodrigo Jiménez estaba en Roma al tiempo de la conquista de Córdoba, y así como volvió estando autorizado por el Pontífice Gregorio IX, desde 1234, para poner y consagrar Obispos en las ciudades que los habían tenido en lo antiguo, si estaban suficientemente repobladas, se trató de restituir a esta ciudad la sede episcopal.

Fué el primer Obispo Don Lope de Fitero, clérigo y no monje como se creyó en algún tiempo. En 9 de Mayo de 1237 no estaba electo todavía Obispo de Córdoba, en cuya fecha se halló presente a una sentencia que dió San Fernando en Burgos a favor del Monasterio de Cardeña y el Maestro Don Lope hizo relación de los autos a el Rey para darla, y en la cédula se dice que en el mismo año fué tomada Córdoba porque no se había cumplido el año emergente de su conquista. La primera noticia de la elección de

este Prelado consta de privilegio dado en Valladolid a 12 de Noviembre de 1238 en que concedió San Fernando los diezmos de los almojarifazgos, salinas y rentas que tenía en Córdoba con 1.500 aranzadas de viña y tercera parte de sus olivares y cien aranzadas de huerta. Por este privilegio sabemos que en el año 1238 estaba electo Don Lope y que había ya cabildo de canónigos formado en la Catedral y así confirma: *Lupus cordubensis electus*.

1 2 3 9

Los judíos que vivían en Córdoba con los mahometanos se quedaron en la Ciudad después de la conquista con sinagoga; pero apenas la poblaron los cristianos llevados del odio que profesan a éstos, les hurtaban sus hijos pequeños y los vendían a los moros de la frontera. Este enorme delito llegó a noticia del Pontífice Gregorio IX, que en 10 de Septiembre mandó severamente al obispo Don Lope de Fitero que obligase a los judíos a traer siempre una señal manifiesta para que se distinguiesen y fuesen conocidos de los cristianos, como lo había dispuesto el concilio lateranense.

Para conseguir más socorros de que cada día era más notable la falta en la frontera especialmente en Córdoba, Don Alvaro Pérez de Castro se vió con el rey Don Fernando en Ayllón y al regresar a Andalucía muere en Orgáz a fines de este año.

Sabida por el Rey la muerte de Don Alvar Pérez de Castro vino a Córdoba para disponer lo necesario a la seguridad de lo conquistado, mandó reparar los muros, y después de tres meses se volvió a Castilla. (Hubo un gran eclipse de sol el 3 de Junio a mediodía).

1 2 4 0

El rey vino a Córdoba para emprender la campaña de este año trayendo buenas tropas a las que se juntaron las que en esta ciudad había. Los mahometanos que habían quedado en los pueblos cercanos a esta ciudad, conociendo que aquel armamento iba contra ellos y no teniendo medios para defenderse se entregaron con las condiciones de que les permitiesen su culto y se les conservasen sus haciendas, obligándose ellos a contribuir como vasallos del rey, el cual se convino confiando en que no sería difícil su con-

versión mediante el trato con los cristianos, y así se le entregaron Almodóvar, Ecija, Estepa, Setefilla y otros. El Rey salió a la campaña y se apoderó por fuerza de los pueblos que se resistieron y fueron Santaella, Montilla, Aguilar, Benamejí, Zambra, Montoro y otros; puso en mejor estado las fortificaciones de Córdoba y dejando bien abastecida esta ciudad y las demás plazas después de tres meses se volvió a Castilla.

1 2 4 1

El Rey Don Fernando III concede un fuero particular a la ciudad de Córdoba en Toledo a 8 de Abril.

Fundación de los Conventos de San Pablo del Orden de Predicadores y de San Pedro el Real del Orden de San Francisco.

1 2 4 2

Fueron donados a Córdoba por San Fernando los castillos de Almodóvar, Pedroche y otros.

1 2 4 3

El Rey Don Fernando concede a Córdoba el señorío de varias villas y castillos como Chillón, Santa Eufemia, Gahete, Pedroche, Mochuelos, etc.

El mismo monarca taló la comarca de Jaén, arrasó muchos lugares y cortijos e hizo muchos cautivos; de allí pasó a Alcalá de Benzaide, que tomó a fuerza de armas y la saqueó y demolió cautivando a sus habitantes; taló la vega de Granada y porque picaban mucho los calores se volvió a Córdoba, donde recibió un correo de la reina madre Doña Berenguela que para verlo se había puesto en camino. Partió el rey y la encontró en Pozuelo, donde habiendo permanecido juntos algunos días se despidieron con gran sentimiento y ternura, partiendo la reina a Castilla y el rey a Córdoba. Cuando iban templando los calores determinó poner sitio a Jaén y marchó a ella, pero viendo la dificultad de tomarle por fuerza resolvió hacerlo por hambre y continuó el cerco hasta tomarlo. (Por el verano falleció el obispo Don Lope Fitero).

1 2 4 4

El Rey Don Fernando, habiendo tomado a Arjona y otros pueblos, vuelve con su gente por Andújar a Córdoba, y desde esta, habiendo templado los calores, envió a su hermano el Infante Don Alonso y a Sancho Martínez de Jodar con los Concejos de Ubeda, Baeza y Quesada, para que entrando en el reino de Granada lo talasen, como en efecto lo hicieron.

1 2 4 6

Hallándose en Alcalá de Gadaíra el Rey Don Fernando por Noviembre, recibió noticia del fallecimiento de su madre y partió para Córdoba, donde con las personas de más confianza consultó lo que debía hacer en aquel caso, si marchar a Castilla a causa de la falta de su madre que gobernaba el reino, o continuar en la frontera para disponer el sitio de Sevilla. Resuélvese por este partido y se quedó en Córdoba, donde dió disposiciones para el gobierno y para la campaña venidera.

1 2 4 7

Continuó el Rey Don Fernando en Córdoba desde el principio del año dando disposiciones para la campaña de primavera y expugnación de la villa de Carmona.

Estando en dicha ciudad el Rey vino de Burgos a ciertos asuntos un caballero nombrado Don Ramón Bonifaz, y sabiendo el Rey que era muy práctico en la marina le mandó hiciese construir una escuadra en Vizcaya y que pertrechada de todo lo necesario viniese con ella al puerto de San Lucar para el sitio de Sevilla. Después convocó en Córdoba todas sus gentes para la primavera y concurrieron los maestros de las órdenes y los consejos con sus pendones, y también fué llamado el rey de Granada Mohamed I Ben Jusef Ben Nasar, nombrado Alamar. Formóse un numeroso ejército con el que salió el Rey y taló la vega de Carmona y después tomó a Constantina, Lora y otras villas.

1 2 4 8

La reina Doña Juana vino a Córdoba y pasó a Sevilla a reunirse con el rey Don Alonso.

1 2 5 0

El Pontífice Inocencio IV escribió al Obispo de Córdoba Don Gutierre Ruiz de Olea, para que mandase derribar la suntuosa y soberbia sinagoga que en esta Ciudad habían fabricado los judíos, cuyo atrevimiento fué de grande escándalo y muy sensible al Pontífice por haber sucedido en una Ciudad tan católica, y que no permitiese que tal edificio tuviese más elevación que la necesaria.

Los judíos no querían pagar los diezmos a las iglesias hasta que el Pontífice Inocencio IV mandó a 27 de Abril, que así los judíos como los mahometanos los pagasen bien y cumplidamente, lo que acabó de allanar el rey Don Alonso X con el privilegio rodado que expidió en Toledo en 28 de Marzo de 1254.

1 2 5 2

En 30 de Mayo murió en Sevilla Fernando III el Santo y en 1 de Junio fué proclamado rey Alonso el Sabio, hijo de aquél.

1 2 5 4

El rey Don Alonso X concedió a Córdoba 500.000 maravedís para labrar los muros sobre el pecho que le pagaban al rey los moros del Aljama de esta Ciudad.

1 2 5 8

Muy lluvioso y grandes crecidas del Guadalquivir hasta el 26 de Diciembre.

1 2 6 0

Se principió a usar el castellano en las escrituras públicas en lugar del latín.

1 2 6 2

Los moros africanos tomaron las armas con intento de apoderarse de España, para lo que hicieron grandes preparativos: lo que

sabido por el rey Don Alonso, retiró de Sevilla disimuladamente su familia y casa y se pasó a Córdoba, aunque dejando aquella ciudad en el mejor estado de defensa.

1 2 6 4

Fué fundado el convento de religiosas de Santa Clara, del orden de San Francisco. El rey Don Alonso X confirmó el fuero que su padre Don Fernando había dado a Córdoba, en Sevilla, viernes 12 de Septiembre.

1 2 6 5

El domingo 26 de Abril se celebra en Andújar una hermandad por los Concejos de Córdoba, Jaén, Baeza, Ubeda, San Esteban, Iznatoraf, Quesada y Cazorla, para guardar fidelidad al rey Don Alonso y ayudarse y defenderse mutuamente en todos los casos.

En Julio estaba el rey Don Alonso en Córdoba de vuelta de Murcia a donde había ido a reprimir las sediciones de los moros de aquella tierra.

1 2 7 0

Viene a Córdoba el rey Don Alonso X, el 15 de Julio.

1 2 7 4

Desde 1271 se habían rebelado algunos grandes de Castilla contra el rey Don Alonso X y sin más motivo que su ambición, entre los que estaba el infante Don Felipe, y los acaudillaba el poderoso caballero Don Nuño González de Lara. Después de muchas negociaciones para atraerlos al servicio del rey se desnaturalizaron, según estaba permitido a los hijos-dalgo, y se pasaron al reino de Granada. Continuaron sin embargo los tratos de avenimiento y algunos volvieron al servicio del rey; pero los que quedaron con el moro se previnieron para entrar en Castilla con el mismo rey de Granada. Para oponerse a esta invasión se hallaba en Córdoba el infante primogénito con tropas escogidas, acompañado de su hermano Don Alonso y de los maestros de Santiago y Calatrava.